FLORENCIA BONELLI

Caballo de fuego

PARÍS

MÁS DE 1.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS

booket

Florencia Bonelli

Caballo de fuego 1. París

Trilogía Caballo de fuego 1

Esencia/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Florencia Bonelli, 2022
© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., Argentina, 2022

De esta edición:
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.961-2022
ISBN: 978-84-08-26058-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El desastre de Bijlmer

Ámsterdam, Holanda. 1996

El Boeing 747-200 de la aerolínea israelí El Al esperaba en la cabecera del corredor número uno del Aeropuerto Ámsterdam-Schiphol para despegar. El ingeniero de vuelo se asomó desde la cabina para dirigir una orden al único pasajero, Yarón Gobi.

—Ubíquese en el *jump seat* —se refería al asiento plegable junto a la puerta del avión— y ajústese el cinturón.

Les había llegado el turno; el operador de la torre de control lo anunciaría pronto.

—*El Al flight 2681* —los llamó por su número de vuelo—*, ready for taking off?*

Ante el rugido de las cuatro turbinas del Jumbo, como se apodaba al Boeing 747, su único pasajero experimentó un escalofrío. Nunca le había gustado volar, y menos con la carga que ocupaba por completo el fuselaje y de la cual él era responsable. De acuerdo con los documentos de flete, el avión llevaba perfumes y otros productos de cosmética; él, sin embargo, conocía la naturaleza de la carga.

Estaba nervioso. Sacudió la muñeca para despejar el reloj escondido bajo el puño. Las seis de la tarde. En unas cinco horas aterrizarían en Tel Aviv-Yafo. El último trayecto hasta las instalaciones del Instituto Israelí de Investigaciones Biológicas, en la localidad de Ness-Ziona, lo realizaría por tierra, en camio-

nes acondicionados para «productos relacionados con la seguridad».

El avión inició la escalada para alcanzar la altura de crucero. Yarón percibía un apretón en el estómago y náuseas sutiles. Se instó a calmarse. Cerró los ojos y respiró de modo sereno.

Entonces sus párpados se dispararon. Una sacudida lo despegó del *jump seat* al tiempo que una explosión le adormecía el oído durante un par de segundos. El avión viró bruscamente hacia la derecha y lo lanzó al fondo del asiento como si se hallara en una montaña rusa. La voz del joven copiloto atravesó la puerta cerrada: *«Mayday! Mayday! Mayday!».* Conocía el significado de esa palabra pronunciada tres veces. *Meidei! Meidei! Meidei!* Se trataba de la llamada de socorro de los pilotos, derivada de la expresión francesa *m'aidez.*

En menos de un minuto, el piloto estabilizó la nave, que siguió zarandeándose, sumida en un mar de turbulencias. Yarón no dudó en desembarazarse del cinturón y precipitarse dentro de la cabina.

—¿Qué ocurre? —No obtuvo respuesta.

El copiloto, a cargo de la comunicación con la torre de control, explicaba al operador que los motores tres y cuatro habían dejado de funcionar y solicitaba permiso para un aterrizaje de emergencia.

—Dada nuestra velocidad —aclaró—, necesitaremos el corredor más largo con el que cuente el aeropuerto.

Yarón cerró la puerta y se dirigió hacia la parte trasera del avión sujetándose a los objetos y a las paredes. Miró por una ventanilla. Habían perdido altura y sobrevolaban los suburbios de la zona sur de Ámsterdam. Dedujo que si el avión no conseguía aterrizar en el aeropuerto, se estrellaría sobre las viviendas.

—Dios bendito —susurró.

En La Haya, sede en Europa del servicio de inteligencia de Israel, conocido como Mossad en el mundo del espionaje, o simplemente como «El Instituto», el jefe de Operaciones de Reclutamiento, el *katsa* Ariel Bergman, recibió la llamada del colaborador, o *sayan*, que mantenían en la torre de control

del Aeropuerto Ámsterdam-Schiphol. Bergman había reconocido el teléfono en el visor. Levantó el auricular y preguntó:

—¿Qué sucede? —A pesar de la utilización de líneas seguras, el código marcaba que jamás se mencionaban nombres ni apellidos.

—Acaba de presentarse un *Mayday*. Proviene del vuelo de El Al número 2681.

Se trataba del primer servicio que le prestaba ese *sayan*, nombre con que el Mossad denomina a los judíos de la diáspora, ciudadanos comunes dispersados en los cuatro puntos cardinales que, dado su entusiasmo por el Estado sionista, prestan servicios a cambio de la satisfacción de colaborar con la defensa y la supervivencia de *Eretz Israel*, la Tierra de Israel. La vulnerabilidad de El Al, blanco codiciado por los terroristas, convertía a ese empleado de la torre de control de Ámsterdam-Schiphol, uno de los aeropuertos más utilizados por la aerolínea israelí, en un *sayan* de incalculable valor. Así lo había juzgado Bergman al reclutarlo, y solo había necesitado tiempo para demostrarlo.

Sujetó el auricular entre el cuello y el hombro y agitó los dedos sobre el teclado del ordenador al tiempo que hablaba.

—¿Qué más puedes decirme?

—Sus motores tres y cuatro han dejado de funcionar. Está regresando a Schiphol. Intentará un aterrizaje de emergencia. Llamaré de nuevo en cuanto se presenten novedades.

La pantalla devolvió la información solicitada. No se trataba de un vuelo de pasajeros sino de carga, lo cual, pensó Bergman con cierto alivio, reduciría el número de víctimas en caso de que aconteciera lo peor. No obstante, al leer la siguiente línea, insultó por lo bajo en hebreo. El vuelo 2681 transportaba «sustancias químicas altamente tóxicas». Destinatario: el Instituto Israelí de Investigaciones Biológicas, Ness-Ziona, Israel. No había detalle de la mercancía, simplemente la alerta de su toxicidad.

Las maniobras se desencadenaron en cuestión de minutos y con la precisión de un mecanismo de relojería. Un helicóptero Chinook despegó de una base privada a cuarenta kilómetros al sur de Ámsterdam. Dada su velocidad, superior a la de otros

helicópteros de transporte, conduciría al grupo de expertos en ataques químicos y biológicos en menos de media hora al Aeropuerto Ámsterdam-Schiphol para actuar en caso de que el avión no lograra un aterrizaje exitoso. Por otro lado, se alertó a los dos *katsas* estacionados en Ámsterdam, que, en cuestión de minutos, también se presentarían en el aeropuerto. Otro equipo se dedicaría a rastrillar los alrededores en busca de posibles terroristas que hubiesen disparado misiles con lanzacohetes RPG y destruido las turbinas. Por último, comunicaron la contingencia al director general del Instituto, que decidiría cuándo y cómo se informaría al primer ministro, Benjamín Netanyahu, al ministro de Defensa, Yitzhak Mordechai, y al canciller, David Levy.

A las seis y media de la tarde, el vuelo El Al 2681 se preparaba para aterrizar. En tanto el copiloto lo anunciaba a la torre de control, el capitán levantaba la nariz del avión para disminuir la velocidad. Esta maniobra de rutina provocó una crisis en la sustentación y el avión perdió de nuevo estabilidad.

Yarón salió despedido hacia la derecha y rodó hasta chocar con el fuselaje. Se incorporó aferrándose del borde de la ventanilla y a una cincha usada para sujetar la carga. Se dio cuenta de que perdían altura. El capitán, a diferencia de unos minutos antes, no lograba dominar la nave. Había escuchado en un documental de National Geographic que el Jumbo estaba preparado para volar con solo dos de sus motores. Si el problema radicaba en que las turbinas tres y cuatro habían cesado de funcionar, ¿por qué el avión se sacudía, perdía estabilidad y caía como en espiral? No había turbulencia ni tormenta. Morirían. No le cabía duda.

La visión lo asaltó de una manera extraña, lo sorprendió, lo llenó de paz también. El rostro de Moshé se reflejó en el acrílico de la ventanilla. Su amado Moshé, que lo esperaba en Ness-Ziona. No resultaba fácil admitir la homosexualidad en un país como Israel. Con todo, Moshé y él habían aprendido a aceptar su amor. Lo ocultaban, para protegerse, en especial en el Instituto de Investigaciones Biológicas, donde trabajaban. Habían

experimentado la libertad en sus vacaciones del año anterior, ahí mismo, en Ámsterdam. Yarón recordó esos días felices, cuando caminaban de la mano o se abrazaban mientras la lancha navegaba por los canales, y nadie los miraba de reojo. Se acordó también del paseo por el lago IJssel.

—¡El lago! —gritó.

Se arrastró, se incorporó, cayó de bruces y volvió a levantarse hasta alcanzar la cabina. Abrió la puerta y vociferó:

—¡Por lo que más quieran, eviten el agua! ¡Sea como sea! ¡Que este avión no caiga sobre el agua! ¡O que Dios nos ayude!

El periodista Ruud Kok escribía en su ordenador el artículo sobre mercenarios que entregaría al *NRC Handelsblad*, un periódico vespertino holandés de gran reputación. Trabajaba en el salón de su apartamento en Bijlmermeer, más conocido como el Bijlmer. Sus compañeros del periódico, sus amigos y su familia juzgaban una excentricidad que viviese en ese suburbio al sudeste de Ámsterdam, famoso por la violencia de sus calles. A Ruud el barrio le sentaba bien; le gustaba el pintoresco paisaje que componían sus vecinos de distintas razas, ya que en el Bijlmer encontraban refugio los inmigrantes, sobre todo los que habían abandonado Surinam después de la independencia en el 75. Concebido como un proyecto moderno y de vanguardia, inspirado en las ideas revolucionarias de Le Corbusier, el Bijlmer se componía de largos bloques de viviendas de diez pisos que zigzagueaban para formar una colmena. Entre una línea de construcción y otra, se desplegaban espacios verdes y lagos, áreas comerciales y de oficinas.

Ruud cesó el frenético tecleo, estiró los brazos, acomodó los huesos del cuello y bebió un trago de café con leche. Releyó las primeras líneas de su escrito. La investigación sobre mercenarios estaba mostrándole el lado más oscuro y cruel del ser humano. La Organización de las Naciones Unidas había aprobado una convención que repudiaba «la contratación, el financiamiento, la formación y la operación con mercenarios», es más, acababan de nombrar a un relator especial sobre actividades mercenarias destinado a controlar el cumplimiento de la

prohibición. La semana anterior, Ruud lo había entrevistado en su oficina de la sede del organismo, en Turtle Bay, un vecindario de Manhattan. El funcionario había sido claro:

—Si quiere conocer el mundo de las llamadas empresas militares privadas, su hombre es Eliah Al-Saud. Todos los caminos conducen a él.

Una vibración le surcó el cuerpo, apenas un cosquilleo. Dirigió la mirada a la taza. Ondas concéntricas se dibujaban sobre la superficie del café con leche y parecían responder al silbido que pronto se convirtió en un trueno y que penetró en el doble acristalamiento de las contraventanas. La casa se estremeció.

Ruud corrió al balcón. Lo que vio lo llevó a decir:

—Todo ha terminado.

El gigantesco avión cuya nariz apuntaba a su rostro se estrellaría contra el edificio en segundos.

Había escuchado algo al respecto, aunque hasta ese día no le había dado crédito. Pero era cierto: en el instante previo a morir, nuestra vida, desde la infancia a la edad adulta, se proyecta en un destello frente a nuestros ojos.

El avión viró hacia la izquierda, hacia el edificio vecino. Ruud pensó que si hubiese estirado la mano, habría podido acariciar la panza de la nave. Corrió al teléfono y llamó al servicio de emergencias.

El teléfono volvió a sonar en la oficina del *katsa* Ariel Bergman.

—Dime.

—El avión acaba de desaparecer de la pantalla del controlador —informó el *sayan*—. ¡Se ha estrellado, ha caído a tierra! —Bergman se puso de pie—. Desde la torre de control vemos la columna de humo negro que se eleva en la zona del Bijlmer. —Lo pronunció «beilmer».

—El Bijlmer —susurró Bergman, y apoyó la mano sobre el escritorio. «¡El Bijlmer!», aulló para sí, porque sabía que se trataba de una de las zonas más densamente pobladas de Ámsterdam.

Ruud Kok rescató a varios de sus vecinos, atascados en sus viviendas y amenazados por las llamas, que rugían y lamían la estructura del edificio. Días más tarde comprendería la ferocidad y magnitud del incendio cuando el jefe de bomberos le explicase que las alas del Jumbo transportaban más de veintidós toneladas y media de combustible.

El número de víctimas ascendió a cuarenta y tres, e incluían a la tripulación, el capitán, el copiloto y el ingeniero de vuelo. El avión había abierto una brecha en el largo bloque de apartamentos, lo había partido en dos. La prensa mundial conjeturaba acerca del motivo del accidente. Ningún periodista se olvidaba de pronunciar la palabra terrorismo, aunque pasaran las semanas y ninguna organización se adjudicase el hecho ni se encontrase evidencia de explosivos entre los restos.

Un ciudadano común que navegaba por el lago IJssel lanzó el primer rayo de luz a la investigación al declarar que vio cómo los motores del Jumbo caían en la ensenada. Las turbinas no habían cesado de funcionar; se habían desprendido del avión. Los buzos rescataron los motores tres y cuatro y los técnicos iniciaron su trabajo.

Ruud Kok participó de la conferencia de prensa en la cual se informó de que los motores se habían desprendido debido a la fatiga del material que los unía al ala.

—En caso de que dichos motores simplemente se hubiesen apagado —explicó el jefe de los investigadores—, el avión habría aterrizado sin problemas. Pero, al faltar los dos motores, el ala sufrió una avería en su diseño y perdió estabilidad. —Con gráficos y carteles, explicó el fenómeno por el cual el paso del aire por arriba y por debajo del ala permite que la nave vuele—. La pieza que mantenía el motor tres adherido al ala presentaba un fallo. Finalmente cedió. El motor tres se desprendió, chocó con el cuatro y lo arrancó.

Ruud levantó la mano y formuló una pregunta. Aclaró que iba dirigida al responsable de relaciones públicas de El Al.

—¿Pueden explicar por qué, después de semanas del siniestro, algunos vecinos del Bijlmer, entre los cuales me cuento, han sufrido problemas respiratorios, dermatitis agudas, trastor-

nos gástricos, de la visión y alteraciones nerviosas? Incluso algunos han vomitado coágulos.

—No hemos recibido ninguna información al respecto. ¿Otra pregunta?

—Hay quienes comparan estos síntomas con los sufridos por los soldados iraníes en la época de la guerra con Irak —insistió Ruud.

—No haremos comentarios. ¿Otra pregunta?

Capítulo I

31 de diciembre de 1997
Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini,
a 35 kilómetros al sudoeste de Buenos Aires, Argentina

Se quedó mirándola porque la muchacha, al ponerse en cuclillas para extraer algo de su mochila, rozó el suelo con las puntas del cabello. Estaba acostumbrado a las largas cabelleras: a la de su hermana Yasmín, la de su madre, la de su tía Fátima. «La de Samara», pensó, y apretó el móvil en el puño. Le dolía pronunciar ese nombre.

Ahí seguía la joven, hurgando en la mochila mientras acariciaba las baldosas con el pelo. En honor a la verdad, nunca había visto un cabello tan largo, tan rubio, tan llamativo. No era lacio; más bien caía, lánguido, en bucles que brillaban pese a la escasa iluminación del aeropuerto. ¿Sería sueca? ¿Quizá danesa? Se movió con la intención de estudiarle el rostro. «Debe de ser una sosa», se dijo; él las prefería morenas.

Sonó el móvil.

—*Allô?*

—*Eliah, c'est moi. André.*

—*À la fin, André*. Llevo rato tratando de localizarte.

—¿Qué pasa? ¿A qué se debe el apuro?

—Es para pedirte un favor. Estoy en el aeropuerto de Buenos Aires y necesito conseguir un asiento en el próximo vuelo

de Air France. El que parte a las dos. —André guardó silencio—. *Allô?* André, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, disculpa. Es que me has sorprendido. ¿Un asiento en un vuelo de Air France? ¿Y tu avión?

A Eliah Al-Saud le fastidió la pregunta. Lo achacaba a su profesión, tal vez a su temperamento, lo cierto era que rara vez admitía de buen grado los interrogatorios; ni siquiera los había aceptado de niño, sin importar las penitencias que se granjeara. Después de todo, sí, se debía a su carácter, y quizá fuera tan bueno en lo que hacía como consecuencia de este. Si pedía un favor al novio de su hermana Yasmín, razonó, bien podía hacer una excepción.

—He volado a Buenos Aires en mi avión. Al tratar de despegar hoy, he percibido una vibración en el fuselaje que no me ha gustado y he decidido no arriesgarme. Los técnicos no lo verán hasta dentro de dos días. Y a mí me urge estar mañana en París. Tengo una reunión con Shiloah Moses, que llega muy temprano de Tel Aviv. —Había dado demasiada información. El humor comenzó a agriársele.

—¿Qué avión? ¿El Learjet 45?

Eliah elevó los ojos al cielo, al tiempo que escuchaba la voz de su hermana:

—André, déjalo en paz. Lo fastidias con tantas preguntas.

—Hablo de mi nuevo avión, el Gulfstream V. La cuestión es, André, que necesito estar en París mañana por la mañana.

—Pues compra un pasaje y ven.

En ocasiones, a Eliah le resultaba difícil comprender de qué modo su futuro cuñado había alcanzado una posición tan encumbrada en la dirección de Air France; también le costaba entender el gusto de Yasmín.

—André, estoy llamándote porque la vendedora de Air France acaba de decirme que no hay asientos libres en primera clase, solo en *business*. Con esa promoción que lanzaron para la primera clase...

—Sí. Viajan dos, paga uno —interpuso André—. Queremos darle un impulso a la primera clase de nuestro flamante Boeing 777.

—Sí, muy buena promoción —ironizó Al-Saud—. Viajan dos,

paga uno, y la primera clase se ha quedado sin plazas. Y no pienso viajar en *business*. Necesito dormir. Mañana tengo que trabajar.

—Eliah, mañana celebraremos el Año Nuevo. ¿Piensas trabajar?

—André, a Shiloah le importa un pimiento el Año Nuevo. ¿Olvidas que es judío? Ya festejó Rosh Hashaná y ahora se dispone a arruinar mi primer día del año. ¿Me consigues ese maldito lugar en primera clase, por favor?

—Veré qué puedo hacer.

—¡Eres uno de los directores de Air France! —Se dio la vuelta, movido por la impaciencia—. ¿A qué te refieres con...? —Enmudeció.

—*Allô?* ¿Eliah?

La muchacha se hallaba a pocos metros, frente a él. La flanqueaban unas personas. Sonreía elevando los pómulos, abriendo mucho los ojos, como si también hubiese algo de sorpresa involucrada en su expresión. «Es preciosa.»

—¿Eliah?

—Sí, sí, aquí estoy.

—Asegúrate esa plaza en *business*. Yo me ocuparé de que te pasen a primera en cuanto subas al avión.

Eliah telefoneó a su contacto en la SIDE y le pidió, con palabras veladas, que se ocupase de allanarle el camino hasta el avión; iba armado y no deseaba polemizar con ningún funcionario de cuarta categoría acerca de lo apropiado o no de subir a un vuelo comercial con una SIG Sauer 9 milímetros calzada bajo el chaleco del traje. A pesar de su ánimo festivo —después de todo, era 31 de diciembre por la tarde—, el agente no dudó en cumplir lo solicitado: Al-Saud pagaba muy bien por sus servicios.

Eliah guardó el teléfono móvil y caminó hacia el mostrador de Air France. La empleada hablaba un buen francés; él se dirigió a ella en castellano.

—Compraré ese pasaje de clase *business* que antes me ha ofrecido.

—Enseguida lo emito. —Tecleó hasta preguntar—: ¿Nombre?

—Eliah Al-Saud. —Lo deletreó.

—¿Número de pasaporte? —Eliah se lo dijo.

Más tecleo.

—Son cinco mil ochocientos treinta y cuatro dólares, impuestos y tasas incluidos.

Eliah metió la mano en el bolsillo interno de su chaqueta. Del billetero, extrajo una tarjeta negra con la cabeza de un centurión romano en plateado. La empleada disimuló su asombro. Se trataba de la nueva tarjeta Centurion de American Express. Si bien había oído hablar de ella, era la primera vez que veía una. Que la tocaba. El frío del metal le confirmó lo que se decía: no era de plástico sino de titanio, y el aspecto del hombre que acababa de dársela, en traje de seda azul oscuro de corte perfecto y unas Serengeti que le velaban los ojos, le ratificó que no cualquiera la poseía, solo aquel cliente invitado por American Express, dados sus gastos anuales, sin duda superiores a los doscientos cincuenta mil dólares.

—Señor Al-Saud, nuestra aerolínea le ofrece un salón muy confortable para que espere su vuelo. Se llama *Le Salon Air France*. —Extendió un mapa del aeropuerto y, con un lápiz azul, encerró en un círculo la ubicación del lugar—. Lo encontrará aquí. Usted, por poseer una tarjeta American Express, también podría aguardar el embarque en la sala VIP llamada Centurion. Aquí. —Repitió la operación sobre el mapa—. Aquel —dijo, y lo señaló— es el mostrador reservado para el *check-in* de los pasajeros de primera clase y de *business*. Le deseo un buen viaje.

Al-Saud se limitó a inclinar la cabeza. No hubo sonrisas ni palabras. Estaba de mal humor. No se trataba de un estado de ánimo inusual. En general, destacaba por el aire de gravedad de sus facciones; la gente lo encontraba frío y reservado. Contratiempos como la avería de su avión de última generación servían para aumentar su reputación de huraño. A unos metros del mostrador lo abordó la tripulación del Gulfstream V. El capitán lo informó:

—No hay hotel en el aeropuerto, señor. Tendremos que regresar a Buenos Aires y pasar ahí la noche. Quizá incluso dos días, hasta que los técnicos revisen la nave.

—Capitán Paloméro —habló Eliah—, sé que juzga exagerada mi decisión de no volar.

—¡En absoluto, señor Al-Saud!

El capitán, un francés que apenas alcanzaba los pectorales de Eliah, se quitó la gorra y la sacudió para subrayar su afirmación. Él no pecaría de imprudente al contradecir a Eliah Al-Saud, piloto de guerra condecorado.

Al-Saud se despidió de la tripulación del Gulfstream V, que se encargaría de llevarlo de regreso al aeropuerto de Le Bourget, a doce kilómetros al norte de París, y se dirigió hacia el mostrador de la clase *business*. En su camino, pasó cerca del grupo en el que se hallaba la muchacha rubia. Buscó una pared —jamás se quedaba quieto con la espalda expuesta, hábito adquirido durante sus años en *L'Agence*— y se situó allí para observarla. Una joven de piel y cabellos oscuros que destacaba por su figura estilizada se recostaba sobre ella, apoyando el codo sobre su hombro izquierdo. También la rodeaban un hombre mayor, que guardaba cierto parecido con la joven alta y morena, una mujer de unos cincuenta años y dos muchachos, evidentemente hermanos. Se preguntó quién emprendería el viaje; resultaba obvio que viajaban con Air France, pues se alineaban frente a los mostradores de la clase turista.

—Mi papá —dijo la rubia— me aseguró que vendría. No quiero irme sin despedirme de él.

De ese pequeño discurso, Eliah extrajo varias conclusiones. Primero: la muchacha era cordobesa. Lo adivinó por el característico acento. Su madre, su tía Sofía y, sobre todo, su tío Nando hablaban igual. Jamás lo habría notado de no haber entrado en tratos con porteños, como llamaban a los habitantes de Buenos Aires, para la compra y venta de caballos. Segundo: era ella quien viajaría en el vuelo de Air France. Tercero: encontró subyugante su voz. Él siempre reparaba en las voces. Se trataba casi de una obsesión, quizá porque era un melómano, quizá porque su *sensei* le había asegurado que la voz traslucía la música interior de los seres humanos. «Hay voces», le había explicado su mentor, «que desafinan. Son chirridos que penetran como filos y uno desearía taparse los oídos. Son seres que elevan demasiado el tono, gritan en lugar de hablar. Revelan su desesperación, su angustia. La música interior está dañada por vibraciones energéticas en extremo negativas. En cambio,

cuando la armonía rige el espíritu, la voz surge como una caricia que absorbemos con suavidad, que nos serena». En verdad, las palabras de la muchacha rubia lo habían acariciado. Se trataba de un sonido cristalino y cultivado.

—Mat —dijo la joven morena—, confiar en tu papá es peor que confiar en un político.

«¿Mat?» No conocía ese nombre en castellano.

—¡Juanita, por amor de Dios! —se enojó la señora a su lado.

—Mamá, sabés que es verdad.

—Sí, es verdad —admitió «Mat», con una serenidad en absoluto fingida—, pero es mi padre, Juana, y quiero creer que si me prometió que vendría, cumplirá.

—Hablando del rey de Roma... —intervino uno de los muchachos, y señaló hacia la entrada del aeropuerto.

—Bueno, bueno —apuntó la tal Juana—, parece que, por una vez, don Aldo cumplirá. ¡Ah, no! —soltó de pronto—. No puedo creerlo. ¿Para qué carajo viene con ese?

—¡Juana! —volvió a intervenir la señora—. ¡Es su esposo!

Eliah giró la cabeza y observó a dos hombres que caminaban hacia el grupo: uno mayor, de sesenta años, quizá un poco más, de buena planta, con una barba entre rojiza y encanecida, prolija, aunque espesa; vestía excelente ropa. El otro, joven, rubio, alto y muy delgado, avanzaba con los ojos fijos en «Mat». Eliah movió la mirada hacia la chica. Un extraño sentimiento lo poseyó al apreciar la reacción de ella. Su miedo resultaba evidente; se había retraído detrás de Juana, como en busca de protección. Al mismo tiempo que se mantenía atento a la actitud de la joven, Al-Saud pugnaba por descifrar el significado de la emoción que lo embargaba, una determinación que lo impulsaba a correr hacia ella y envolverla en sus brazos.

—¿Monsieur Al-Saud?

Eliah descubrió junto a él a una mujer vestida con el uniforme de Air France. Le sonreía, ansiosa. Él, molesto, la contempló con desdén. Caer en la cuenta de que había perdido el dominio del entorno y de que una simple empleada acababa de sorprenderlo no ayudó a mejorar su humor.

—Mi nombre es Esther y soy la jefa de embarque. —Al-Saud soltó el asa de su pequeña maleta y le dio la mano—. La-

mentamos los contratiempos, pero quiero que sepa que haremos lo posible para pasarlo a primera clase.

—*Merci* —contestó. Las diligencias de André comenzaban a surtir efecto.

—¿Me acompañaría al mostrador? Una empleada está esperándolo para realizar el *check-in*. No llevará mucho tiempo. ¿Ventanilla o pasillo?

—Ventanilla.

Antes de seguir a la mujer, Eliah se volvió hacia el grupo. La chica debía de querer mucho a su padre por el modo en que lo abrazaba. Él le besaba la sien y casi la separaba del suelo. Su mirada se detuvo en el hombre rubio que lo acompañaba. Le resultó familiar. ¿Dónde había visto esa cara?

Matilde recibía los besos de su padre sin importarle que la barba le hiciese cosquillas. Desde hacía unos años, Aldo la llevaba así, muy espesa, y esa característica formaba parte de los cambios acaecidos en prisión. Matilde sospechaba que, durante sus años en la cárcel, Aldo había sufrido una alteración más radical de la que ella alcanzaba a ver. Se había vuelto enigmático; se sabía poco de sus actividades y costumbres. A veces vivía en San Pablo y otras, en Marbella. Un día la llamaba desde Johannesburgo y otro, desde Damasco.

—Pa, gracias por venir.

—¿Pensaste que no lo haría?

—¡Por supuesto que pensamos que no lo haría, don Aldo! —Esa era Juana.

—Matilde —dijo Aldo—, aquí estoy. No iba a defraudarte, hija. Además, quería desearte que tuvieras un buen comienzo de año. Saludá a Roy. Se enteró de que viajabas y vino a despedirse. —Aldo se separó de Matilde y aprovechó para saludar a los padres y a los hermanos de Juana.

—Hola —susurró Matilde.

Roy se inclinó y le apoyó los labios sobre la mejilla, donde los demoró más de la cuenta.

—¡Ya, Roy! —exclamó Juana—. No vengas a hacerte el romántico ahora.

—Sos insoportable —musitó él.

—Solo con los imbéciles.

—Basta —intervino Aldo—. Parecen chicos. A ver, cuéntenme. ¿Han hecho el *check-in*? —Lo informaron de que no—. Bien. Tenía miedo de que lo hubiesen hecho. Como pertenezco al programa de fidelidad de Air France —explicó, al tiempo que extraía del billetero una tarjeta de color plateado donde ponía *Flying Blue*—, tengo varios *up-grades* para solicitar que las pasen de clase turista a *business*.

—No es necesario que te molestes, papá.

—¡Por supuesto que es necesario que se moleste! —se quejó Juana—. No la escuche, don Aldo. Y consíganos esos *up-grades*. ¡Será estupendo, Mat! Nuestra primera vez en *business*.

Matilde no polemizó con Juana al verla tan entusiasmada, aunque le disgustaba tener que ver con el dinero de su padre. Desconocía el origen de la repentina fortuna de Aldo y, aunque le dolía dudar, intuía que la fuente no era legítima. «Soy un bróker, hija», le decía cuando ella indagaba. «Compro y vendo cualquier cosa, en cualquier parte del mundo.» De ahí sus frecuentes viajes y la tarjeta Platinum del programa *Flying Blue*.

Aguardaba solo en el avión. El resto de los pasajeros, incluidos los de primera clase y los de *business*, aún se hallaban en tierra. Antes, Esther y un policía de la Federal, que se presentó en el momento oportuno, lo habían acompañado a través de los trámites de rutina para sortear el control de equipaje y acelerarle la espera en Migraciones. Como había decidido pasar el tiempo en la sala VIP de American Express, el sector exclusivo para los clientes de la tarjeta negra, Esther lo condujo a un recinto amplio y vacío, donde las camareras le ofrecieron todo tipo de atenciones. Él aceptó un zumo de naranja recién exprimido. Media hora después, la jefa de Air France volvió a la sala VIP para escoltarlo al interior del Boeing 777. Dentro del avión, Eliah le entregó su chaqueta y Esther se la llevó para colgarla. De camino, fuera de la vista del pasajero Al-Saud, la mujer hundió la nariz en el cuello y absorbió el perfume. «Exquisito», pensó. Sus ojos descansaron en la etiqueta de la prenda, Ermenegildo

Zegna; a continuación aclaraba: *Tailor-made*, lo que significaba que se había confeccionado a medida. ¿Quién era ese hombre, impactante en un Zegna hecho a medida, que con una llamada telefónica había revolucionado la oficina de Air France en el aeropuerto de Ezeiza?

En su asiento de clase *business* junto a la ventana, sedado por el mutismo del avión, Eliah observaba la pista y pensaba en Roy Blahetter, porque había recordado a quién se parecía ese joven de treinta y tres años; al menos, esa era la edad que indicaba el informe proporcionado por su contacto en la SIDE, la Secretaría de Inteligencia del Estado argentino.

¿La señora había dicho: «¡Es su esposo!»? El alma se le cayó a los pies. ¿Por qué? ¿Qué le importaba si estaba casada? ¿Qué lo había impulsado a protegerla? Era bonita, pero no más que muchas que conocía, como por ejemplo la modelo Céline, con quien a veces se acostaba. No se enorgullecía de esa relación, le agitaba los peores recuerdos, le quitaba la paz; no obstante, la sexualidad desenfrenada y agresiva de Céline lo atraía como la miel atrae a la mosca. A veces la odiaba por lo que ella encarnaba: la traición, los bajos instintos, lo superficial, la frivolidad; en ocasiones, dependiendo de su estado de ánimo, no soportaba mirarla después de haber tenido sexo con ella.

No quería perderse en otros derroteros. Volvió a Roy Blahetter, esposo de la chica rubia, aunque, a juzgar por la actitud de ella, parecía su enemigo. ¿Estarían separados? Esa posibilidad significó un rayo de luz en su humor negro, que se ensombreció de nuevo al reprocharse su interés. «¿Qué diantre me importa?»

Su contacto en la SIDE trabajaba bien; la fotografía de Blahetter adjuntada al documento era reciente. Se dispuso a leer el informe, que no escatimaba en ironías. «Argentina», había escrito su informante de la SIDE, «es conocida en el mundo por cuatro cosas: por Diego Armando Maradona; por la carne de sus vacas; por los caños de acero sin costura de Techint, y por los pesticidas de Química Blahetter».

El viejo Wilhelm Blahetter, fundador del laboratorio y de un imperio con tentáculos en ramas tan dispares como la metalurgia, la construcción, el sistema financiero, la explotación de

los suburbanos y una línea de trenes, seguía al frente de los negocios familiares, gobernándolos con mano de hierro a los ochenta y seis años. Si bien era judío, no practicaba la religión, aunque poseía un ferviente corazón sionista. Se apasionaba al hablar de la grandeza de Israel.

El imperio nació en Córdoba, puesto que, en opinión de Blahetter, en esa ciudad se daban las circunstancias que propiciarían el éxito. De Alemania traía los conocimientos en materia de pesticidas adquiridos tras desempeñarse como asistente del profesor Gerhard Schrader, un genio de la química, y en Córdoba encontraría las plagas que asolaban los campos de la provincia, en especial la de la langosta, y que sumían en la ruina a miles de familias. Sus pesticidas se venderían como pan caliente en un país donde la industria se hallaba en pañales.

Al poco de llegar a Córdoba, conoció a una muchacha de familia judía cuya fortuna provenía de las explotaciones agrícolas del padre, quien se mostraba muy agradecido con el joven y brillante Guillermo (para esa época había castellanizado su nombre) por haberlo desembarazado de dos problemas que le quitaban el sueño: los insectos y el celibato de su hija. Guillermo Blahetter y Roberta Lozinsky contrajeron matrimonio en 1940. A finales de ese mismo año nació el primogénito y único varón, al que llamaron Ernesto; lo siguieron cuatro mujeres. Ernesto, la esperanza de Guillermo, lo decepcionó casi desde la infancia desplegando un carácter bonachón, algo melancólico, y fuertes inclinaciones artísticas. Le gustaba pintar y dibujar —Guillermo debía admitir que era bueno en eso—, y crear figuras con la masa que Roberta le preparaba. De buen corazón, siempre expresaba la pena que le inspiraban los insectos que morían gaseados en el campo. Su padre lo habría abofeteado si su madre no hubiese intervenido. Finalmente, a los diecisiete años manifestó su deseo de estudiar arte.

—Estudiarás Ingeniería Química en Santa Fe y aquí no se hable más.

No obstante, Ernesto demostró que, después de todo, sangre alemana corría por sus venas. Abandonó la casa paterna y se marchó a Buenos Aires para emprender los estudios de Bellas Artes. En el ambiente bohemio que circundaba al pintor

Quinquela Martín, Ernesto halló un espacio para desarrollar su talento. Allí conoció a la que, con el tiempo, se convertiría en la pintora más afamada de Argentina, Enriqueta Martínez Olazábal, cuyos cuadros se subastaban en las salas de Sotheby's y de Christie's en Nueva York por sumas que rondaban los cien mil dólares. La amistad con Enriqueta se mantenía hasta el presente. Si bien Ernesto no alcanzó la fama, sus trabajos de motivos religiosos gozaban de buena reputación en el mercado local y vivía con holgura; por supuesto, cada año recibía la porción de dividendos que devengaban las empresas de su padre.

A juicio de don Guillermo, la única obra maestra de Ernesto era su hijo Roy, el joven más brillante que el alemán conocía. Al observarlo, se veía reflejado: el mismo porte esbelto, la misma estatura, los mismos ojos celestes, penetrantes y atentos, su misma inteligencia. Desde pequeño había mostrado inclinación por las Ciencias Exactas. Roy, su orgullo, llevaba el apellido Blahetter.

El nieto dilecto no estudió ninguna de las carreras que habrían agradado a su abuelo: Ingeniería Química, abogacía o licenciado en Administración de Empresas, sino que se decidió por la física, de modo que, a los dieciséis años (había estudiado por libre los dos últimos años de secundaria), inició la carrera de licenciado en Física en el IMAF (Instituto de Matemática, Astronomía y Física), en Córdoba. Su objetivo, no obstante, se hallaba a varios kilómetros al sur del país, en la ciudad de San Carlos de Bariloche: el Instituto Balseiro. Dos años más tarde cumplía con los requisitos que le exigía el Balseiro para iniciar la carrera de Ingeniería Nuclear, en la que se laureó con honores. Enseguida viajó a Estados Unidos para proseguir sus estudios en el MIT (Massachusetts Institute of Technology).

Algo cansado de los logros académicos del esposo de la chica rubia, Al-Saud volvió al punto de su interés: el viejo Blahetter y su imperio. Los laboratorios contaban con filiales en los principales países americanos y europeos; actualmente se gestionaba la apertura de una oficina en Shanghái. La última parte del documento expresaba: «Se estima que Guillermo Blahetter ha cooperado en el pasado con el Mossad». Al-Saud conocía el nombre con el cual el Instituto apodaba a sus cola-

boradores judíos en la diáspora: *sayanim* en plural; *sayan* en singular. «Participó activamente en uno de los primeros trabajos de la agencia israelí, la Operación Garibaldi, en 1960.» Se había denominado Operación Garibaldi a la misión por la cual Rafi Eitan, un mito en el mundo del espionaje, localizó y dio caza en Buenos Aires a Adolf Eichmann, el asesino nazi a cargo de la llamada Solución Final. Lo condujo a Israel, donde fue juzgado y ejecutado. «Se cree que, después de los atentados a la sede de la Embajada de Israel y al edificio de la AMIA, Blahetter ha vuelto a colaborar con el Mossad.» A Eliah le quedaban pocas dudas acerca de cómo colaboraba. La cuestión se centraba en la obtención de las pruebas. Los laboratorios, el de Córdoba y el de Pilar, en Buenos Aires, se erigían como fortalezas inexpugnables. Por supuesto, para él y para sus hombres nada resultaba infranqueable. Con tan solo un diez por ciento de su espacio aéreo protegido por radares, Argentina resultaba fácilmente vulnerable. Penetrar de modo clandestino habría sido un juego de niños. Acceder a los laboratorios, tomar las pruebas y desaparecer era lo que ellos sabían hacer. No obstante, agotaría otras alternativas antes de ejecutar esa medida extrema. La aparición de Roy Blahetter no podía considerarse casual.